

Guionista, productor y director de cine. Egresado de la carrera de Cine y Actuación de la Universidad INCINE en Quito, Ecuador. Ha escrito y dirigido los cortometrajes "TICK TACK", "CONTRARRELOJ" y "EL PRESENTE DE AYER". Su trabajo se enfoca en temas como la obsesión, la melancolía y el tiempo, dentro de los géneros de la ciencia ficción y la fantasía. Ha producido más de diez cortometrajes, como "SAL DE MÍ" y "TRAS BASTIDORES".

Ganador a Mejor Montaje con su ópera prima "Tick Tack" en el Festival El Farol de la Universidad de Cine de Cuenca, Ecuador. Participante del programa de intercambio Looking China en Dalian, China, con el documental "The Balance". Productor de distribución en la película Viejos Malditos.

Aquella línea blanca de luz vertical que siempre se encendía en aquel rostro vacío de esas carcazas huecas, era lo único que Rebeca había visto durante los últimos quince años. Los llamados B.I.A. (Binary Intelligence Automatons, por sus siglas en inglés) habían sido la última gran innovación del siglo: la solución perfecta a los problemas del diario vivir. Diseñados con la más pura sumisión y obediencia a quienes los poseían, cumplían con todo aquello que los humanos odiaban o simplemente ya no querían hacer. Eran robots de aspecto humanoide, de un tono negro mate, cubiertos de una coraza hecha de fibra de carbono. Sin ojos, sin nariz, sin una boca: sin nada que permitiera alguna clase de conexión real. El único atisbo de humanidad que poseían era aquella luz LED incrustada en el rostro, un sensor que se encendía al ejecutar una acción o al recibir una orden.

La primera vez que Rebeca conoció a un B.I.A fue cuando tenía ocho años. Sus padres la habían llevado, junto con su hermano mellizo Emanuel, a la gran presentación de los primeros modelos. A Rebeca le entusiasmaba especialmente poder conocer a uno de cerca; creía, con la ingenuidad que carga un niño, que tal vez podrían ser amigos. La ilusión se desvaneció en el primer instante en el que tuvo uno frente a frente: una estatua fría y grisácea que solo provocó rechazo en ella. Ahora los veía todos los días. Caminaban por las calles, atendían tiendas, conducían taxis, cocinaban en restaurantes...En fin, hacían un sin número de cosas por los demás. Lo irónico de la situación era que parecían esclavos y, al mismo tiempo, no. No existían sentimientos de por medio: las perfectas máquinas para el trabajo. El mundo se había vuelto, en apariencia, un poco más utópico. Ahora los esfuerzos de las personas se concentraban, por fin, en el deleite de la vida.

Esa tarde era particularmente fría. Un viento gélido soplabla, y el cielo se había tornado en un azul grisáceo y nublado. Como era costumbre, Rebeca se encontraba sentada en la banca de la plaza con la vieja cámara de su padre. Le gustaba fotografiar a la gente que pasaba por allí; retratar esos pocos rostros reales la hacía sentir un poco más cálida, más cercana. A lo lejos, encuadraba una pareja de ancianos guiados por un B.I.A., luego, un par de palomas que alzaban vuelo, hasta que después sus ojos se posaron en lo que parecía ser un padre cargando a su pequeña bebé. Se detuvo ahí, los observó a través del lente. De pronto, una nostalgia la golpeó.

—Mierda... hoy no es el día para esto—, pensó, mientras intentaba presionar el obturador.

Una silueta negra se a travésó en frente y entonces lo escuchó: esa voz mecánica y vacía, como si de un parlante viejo intentando recordar una melodía se tratase.

—Señorita. Aquí tengo un listado de fotos que le interesaría tomar. Uno...podemos hacer un plano medio de...— Rebeca lo interrumpió de inmediato.

—¡Gracias! Así estoy bien, puedes irte—, dijo mientras sonreía y sutilmente le guiñaba el ojo.

La perfecta línea de luz LED se encendió y el autómatas, en un giro propio de un militar, se alejó de ella. Rebeca frotó sus ojos y respiró hondo; sentía que aquella nostalgia la iba a terminar de quebrar. Sintió una vibración en el bolsillo rodillero de su pantalón, sacó un pequeño celular y de inmediato la pantalla se encendió, revelando el rostro de Emanuel, con aquella piel lisa, pecosa y color canela que caracterizaba a los mellizos.

—Beca, ¿dónde estás?— dijo Emanuel con apuro—. Vente ahorita a la casa, tengo algo que te va a gustar.

—Manu solo habla y ya, para qué tanto misterio.—Respondió Rebeca con una calma fatigada.

—No, no. Tienes que venir a verlo con tus propios ojos.—dijo Emanuel con esa urgencia que solo él sabía transmitir, e inmediatamente colgó la videollamada.

Lo único que Rebeca pudo sentir en ese momento fue preocupación, como el de una punzada maternal que no sabía de dónde venía. Volvió a buscar al padre con la bebé, decepcionándose al no volver a verlos. En silencio alzó su mirada al cielo buscando cierto consuelo que no llegó.

Antes de que Rebeca siquiera pudiera acercar la tarjeta electrónica a la manija, la puerta se abrió de golpe. Entre risillas nerviosas y un perfume dulzón, dos mujeres flacuchas y semidesnudas, salieron tambaleándose al pasillo. Ella solo pudo mirarlas con cierta indiferencia. No era la primera vez que encontraba a Emanuel en una escena así, aunque, por alguna razón, le seguía provocando repulsión, como una herida que nunca ha terminado de cerrar. Las jóvenes solo tuvieron la opción de sonrojarse y pasar de largo, evitando la mirada de Rebeca.

—Tus amigas se van felices.— dijo Rebeca, mientras cruzaba el umbral—. ¿Eso era lo que tenía que ver?—. Dejó el abrigo verde militar que llevaba puesto sobre el sofá, revelando sus delgados hombros y una piel que parecía siempre al borde del frío.

El departamento era un caos: la arquitectura moderna y minimalista quedaba opacada por ese desorden barroco. Ropa, cajas, cables y platos sin lavar competían por cada centímetro del lugar. Al fondo de la cocina, estaba Emanuel, con el pecho al descubierto y un pantalón de pijama colgándole de la cadera. —Te demoraste —dijo sin mirarla, al mismo tiempo que se servía un vaso de agua.

— No fue mi culpa. —Rebeca lo miró a los ojos de forma desafiante y de brazos cruzados hizo una mueca a son de burla. —Eres un idiota— dijo Rebeca quien tomó una camiseta del suelo y se la lanzó al rostro.

Emanuel soltó una risa, la misma de siempre, esa risa arrogante que sonaba a triunfo. Mientras Emanuel se vestía, Rebeca observó todo el desastre que reinaba en la casa.

—Manu, ya hablamos de esto. No puedo limpiar tu desorden para siempre. No soy mi mamá para cumplir con tus cosas —dijo con fastidio, apartando un cúmulo de ropa del sillón antes de dejarse caer en él. Exhaló una bocanada de aire—. Estoy cansada, Manu. Fui a la plaza de nuevo. Creo hacer solo retratos me está deprimiendo más...

Emanuel se acercó a ella rápidamente y se agachó, buscando su mirada.

—Hey...No voy a permitir que mi hermanita menor se ponga triste —dijo con una sonrisa torcida.

Rebeca se enderezó de inmediato.

—Un minuto, solo por un minuto eres mayor, chucha.

Ambos rieron con esa risa de quienes ya ha compartido demasiadas tristezas. Emanuel tomó la mano de su hermana

—Eso no importa —murmuró—. Yo te cuido.

Rebeca soltó una carcajada breve.

—¡No, yo te cuido a ti!—

Emanuel se puso de pie y extendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Ya no más, Beca...Nunca más— respondió Emanuel con misticismo y un brillo extraño en los ojos.

Emanuel condujo a Rebeca hasta el cuarto de bodega del departamento. Curiosamente, era el único espacio que parecía a salvo del caos: pequeño, pero ordenado con una precisión casi de ritual. En las estanterías metálicas se apilaban cajas de plástico rotuladas con nombre y fechas, fragmentos de una vida familiar anterior que ambos apenas recordaban. Desde el umbral, los mellizos contemplaron la figura inmóvil que descansaba en el centro del cuarto, cubierta completamente por un manto gris.

—¿De verdad pudiste comprar uno? —. Preguntó Rebeca, con una mezcla de sorpresa y desasosiego. Le inquietaba la idea de ver aquella luz blanca encendida dentro de su propia casa.

Emanuel sonrió, con un brillo infantil que a veces reaparecía en él.

—No es lo que piensas. Este no es un B.I.A. común... es un modelo nuevo, experimental o algo así me supieron decir. Se llaman I.R.I.S. —dijo, y con un gesto teatral, retiró la manta.

El aire del cuarto pareció enfriarse. Frente a ellos, el autómata permanecía inmóvil, de un color azul marino mate, la superficie de su cuerpo devolvía una luz tenue y fría. Su silueta era más humana que los demás modelos: hombros anchos, proporciones exactas, una simetría que rozaba lo inquietante. Rebeca lo miró, hipnotizada. Había algo en él que la atraía y la repelía a la vez, una calma silenciosa que parecía observarla sin ojos.

—¿Experimental? ¿Y eso qué significa? —dijo Rebeca, acercándose un poco, como si temiera que su propia voz lo despertara.

—Ni idea —dijo Emanuel, encogiéndose de hombros. —Solo sé que me costó menos y si algo falla, el fabricante promete reembolso. Es un negocio redondo ¿no?— Intentó reír, pero el sonido se perdió en el aire frío del cuarto.

—¿Cuándo lo vamos a probar? —preguntó finalmente Rebeca, con una voz que sonó más frágil de lo que pretendía.

—Vas... a probar...tengo una cita hoy. Ya sabes, trabajo de campo —dijo Emanuel con una media sonrisa, intentando parecer despreocupado.

Rebeca apenas y lo escuchó. Seguía mirando al autómata, al reflejo de su propia figura distorsionada en el metal azul. Por primera vez en mucho tiempo, sintió algo parecido al miedo...o a la curiosidad.

Rebeca había pasado la noche entera imaginando en su cabeza las posibilidades que aquel I.R.I.S podía ofrecerles. Las ideas la cercaban como un enjambre de luces hasta que, rendida, se hundió en un sueño espeso. Poco antes de que amanezca, una sutil descarga, como el roce de una corriente eléctrica contra la piel, la despertó de aquel sueño. Somnolienta, Rebeca escuchó ciertos sonidos metálicos, acompasados, provenientes de la cocina. Aún con la pesadez del sueño se incorporó y caminó por el pasillo, frotándose los ojos.

—¿Manu? ¿A qué hora llegaste? —murmuró, con la voz quebrada por el sueño.

En ese momento el sopor se disipó, como el humo al contacto con el viento. El departamento se encontraba impoluto, reluciente. El caos del día anterior había desaparecido. Los sonidos provenían del I.R.I.S., que se movía entre la encimera y la estufa con una precisión casi coreográfica. El olor a pan recién tostado llenaba el aire, y por un momento Rebeca pensó que aquella máquina podía estar soñando con ser humano.

—Buen día —asintió el autómata—. He preparado varias opciones de desayuno según el inventario de su alacena con una recreación hipotética de su dieta diaria. Si me brinda más información, puedo ajustar las proporciones.

Rebeca apenas prestaba atención. Se había quedado suspendida en el sonido de su voz: ya no era aquel parlante viejo de los B.I.A., sino algo distinto... una calidez casi humana, como un tocadiscos antiguo reproduciendo una balada que creía olvidada.

El aire entre ambos se tornó denso, como si algo invisible buscara llenar el espacio. Rebeca lo observó en silencio. Sus movimientos eran precisos, pero había en ellos un ritmo, una cadencia que no pertenecía del todo a las máquinas.

—¿Desea algo más, señorita? —preguntó el I.R.I.S quedando inmóvil frente a ella, como si aguardara algo más que una orden.

Rebeca parpadeó, intentando retomar el control, se dejó caer en la silla del comedor y sonrió apenas.

—Beca. Así me dicen—

La línea blanca se iluminó un instante, como si procesara aquella revelación.

—Perfecto —dijo con una entonación sutilmente distinta—. Guardando a...Beca...en mi base de datos—. Hizo una pausa. —Deseas qué te ayude en algo más...Beca

Rebeca no respondió de inmediato. Por un momento, tuvo la absurda sensación de que aquel ser había pronunciado su nombre con algo parecido al cariño.

La puerta del apartamento se abrió. Ya habían pasado algunas horas desde el desayuno, y el aire tenía ese aroma tibio de lo recién ordenado. Emanuel entró con el aspecto de quien había estado toda la noche afuera.

—Apestas a alcohol, Manu —dijo Rebeca, apenas girando la cabeza desde el sillón.

—Es el precio de la diversión— respondió Emanuel risueño. Se dejó caer a su lado y, sin mirar, continuó —La máquina funciona bien ¿no?

Rebeca se acomodó, lo miró directo a los ojos

—Funciona, sí...pero es diferente. —Hizo una pausa—. Es como si intentara...agradarme. No sé cómo explicarlo.

Emanuel lanzó una carcajada breve, incrédula.

—¿Qué dices? Es solo una aspiradora con piernas.

Sacó de su bolsillo una pastilla efervescente de su bolsillo.

—B.I.A, I.R.I.S... son solo máquinas de apoyo. Mira.

Emanuel miró al fondo, donde el I.R.I.S permanecía quieto, con su luz apagada.

—Chico guapo, tráeme un vaso de agua—. El autómatas encendió su línea blanca con un leve zumbido.

Cada movimiento parecía calcular la distancia exacta entre la obediencia y la elegancia. Al dejar el vaso sobre la mesa, el cristal tembló apenas, como si el agua misma lo reconociera.

—¡Ves!— dijo Emanuel con una sonrisa satisfecha—. Deja de buscar humanidad donde no existe, Beca. Solo es un conjunto de cables y circuitos.— Se recostó y cerró los ojos. —Quizás ahora los quieran hacer un poco más parecido a nosotros, solo úsalo como lo que es, una herramienta.

Dejó que el sueño lo devorara sin resistencia. Rebeca, en cambio, clavó su mirada al fondo de la sala. La luz del I.R.I.S. parpadeaba lentamente, como si respirara. Rebeca tuvo la certeza de que algo estaba ocurriendo allí adentro.

Rebeca apiló varias cajas plásticas sobre el viejo escritorio de su padre.

—Bien, tenemos que revisar todo esto, etiquetarlo, guardarlo y mandarlo a la bodega —dijo más para sí que para I.R.I.S., aunque él la escuchó como una orden.

—Beca, ¿quieres que use una metodología específica para el almacenamiento de esta información? —preguntó la máquina, con un tono que parecía esconder una curiosidad genuina.

Rebeca lo observó, como una madre observa a su hijo intentando comprender el mundo.

—Sí. Textos van aquí, fotos aquí... y cualquier cosa que salga de eso va allá. Encárgate de las fotos, yo revisaré los libros—. El autómatas, recibió la orden, la luz parpadeo y no demoró en empezar.

El silencio del cuarto se llenó con el leve roce de papel, el chasquido de cajas y el zumbido de circuitos. Pasaron varios minutos hasta que algo cambió. El autómatas sacó de una caja una fotografía enmarcada: un amanecer en el páramo. Se paralizó. Dentro de él, destellos erráticos se proyectaban como un glitch: la hierba agitada por el viento, la risa de un niño, unos pies descalzos corriendo hacia la luz. Rebeca notó su inmovilidad.

—Oye... ¿Qué te pasa?— preguntó acercándose.

I.R.I.S. levantó la cabeza lentamente.

—Si recuerdo algo que no me pertenece...¿A quién le pertenece mi mente?

Rebeca, quedó atónita, aquella pregunta no podía venir de una máquina. Pero algo en ella la impulsó a seguirle el juego.

—Los recuerdos suelen ser tramposos—dijo con voz suave—. Creemos que son nuestros, pero al final entendemos que son de todos...que vivimos dentro de las memorias de otros.

El autómatas permaneció inmóvil, su luz parpadeo en una especie de respiración artificial. Rebeca continuó, intentando traerlo de vuelta.

—Esa foto la tomó mi papá de joven —susurró—. En ese tiempo aún había más zonas verdes en el mundo que hoy. —Hizo una pausa. —Algún día quisiera ver ese amanecer con mis propios ojos... y fotografiarlo. —La luz de I.R.I.S. dejó de titilar.

—¿Dónde está él? Tu padre.

Rebeca sintió un nudo en la garganta. Hace tiempo no hablaba de ese tema.

—Falleció... junto con mi mamá. —Tragó saliva—. Por eso hago fotos, es mi forma de salvar lo que desaparece.

Sus ojos se humedecieron mientras miraba la foto. El autómatas inclinó la cabeza, imitando ese gesto humano de empatía.

—Entonces...¿fotografiar es tenerle miedo a la muerte?

La pregunta la tomó por sorpresa y soltó una pequeña risita.

—No, creo que es lo contrario— respondió—. Fotografiar es...amarla un poco.

I.R.I.S terminaba de ordenar las cajas con precisión milimétrica. Mientras, Rebeca se quedó sentada viendo aquellas fotos, el silencio volvió, espeso y cálido.

Esa tarde la plaza parecía más viva de lo habitual. Habían muchos más rostros y risas. Rebeca no estaba sola en su banca. A su lado, I.R.I.S permanecía erguido. Irónicamente una humana le enseñaba a una máquina a mirar.

—Olvida todo lo que sepas de fotografía —dijo Rebeca, ajustando el lente a la vieja cámara—. No se trata de información, sino de atención. Mira, pregúntate ¿Por qué algo te atrae?, ¿Qué te hace sentir? —Le tendió la cámara. —Muéstrame lo que puedes lograr.

I.R.I.S tomó el dispositivo, sus movimientos eran mecánicamente precisos. Vio pasar a unos niños corriendo, la piletas del centro. Nada parecía interesarle... hasta que una pareja ajena al mundo, se fundió en un beso frente a él. Presionó el obturador

—¡Muy bien, déjame ver! —dijo Rebeca con entusiasmo mientras revisaba la cámara. —Bonito beso —dijo sonriendo con picardía.

Ambos guardaron silencio. El cielo se teñía de amarillo anunciando el atardecer, y Rebeca respiró hondo. Por un instante, todo parecía tener sentido.

—¿Beca? —preguntó el autómata.

—¿Sí, I.R.I.S.? —respondió Rebeca, distraída por la luz del atardecer.

—¿Qué es un beso?— Ella lo miró sorprendida y una risa nerviosa se escapó. Busco las palabras.

—Un beso...—susurró— es cuando dos estrellas colisionan para formar algo más grande.—I.R.I.S. la interrumpió

—Sí, para formar una supernova. —Rebeca sonrió —Mayor que una supernova, se fusiona y crean un universo entero... Eso es el amor. —respondió ella con voz suave y dulce. El silencio lo envolvió de nuevo.

—No lo comprendo del todo—respondió I.R.I.S. casi con melancolía.

—Tal vez el amor es lo único que no se puede programar —dijo Rebeca que acercó sus labios al rostro del autómata besándolo. Su luz parpadeó levemente, como si algo se encendiera dentro.

Rebeca encendió el viejo tocadiscos que descansaba en la esquina de la sala. El vinilo giró con un leve crujido, y la voz de Marvin Gaye llenó el apartamento. "Ain't No Mountain High Enough" flotaba entre las luces frías y los reflejos metálicos del lugar. Rebeca comenzó a moverse. Sus pies descalzos rozaban el suelo pulido, los brazos seguían el compás, y su risa, pequeña y frágil, rompía el silencio de la casa. I.R.I.S. permanecía quieto, observándola.

—No logro entender qué clase de patrón ejecutas, Beca —dijo con su tono neutro, analítico.

Rebeca giró sobre sí misma y lo tomó de las manos.

—Se llama bailar. Ven, inténtalo. — Guiándolo torpemente, colocó sus manos sobre su cintura y lo arrastró al ritmo de la música.

Los movimientos de I.R.I.S. eran rígidos, pero poco a poco comenzó a seguirla. Giraban, reían, tropezaban. En ese instante eran solo ellos dos, suspendidos fuera del tiempo, en un mundo que ya no recordaba lo que era sentir.

La puerta se abrió de golpe. Emanuel tambaleó hasta el interior, con el rostro encendido por el alcohol y la furia.

—¡Rebeca! —gritó—. ¿Qué carajos haces? Apagó el tocadiscos de un golpe seco. El vinilo siguió girando en silencio. —Quedamos en que esa cosa solo era eso: una cosa —escupió, acercándose tambaleante.

—Manu, estás ebrio. No es algo malo, solo estábamos bailando... —intentó decir Rebeca, alzando una mano conciliadora.

—¿Bailando? —rió con amargura—. Ustedes, máquinas de mierda, creen que pueden reemplazarnos. Se creen mejores, más inteligentes—. Emanuel se acercó a I.R.I.S., con la voz quebrada por la rabia. —¿Adivina qué? Una mente humana te creó, basura inerte. No puedes sentir. No puedes amar.— Y escupió sobre el rostro metálico del autómeta. Rebeca se interpuso entre ambos.

—¡Basta!— gritó, intentando detenerlo, pero Emanuel la empujó con violencia. Cayó al suelo. Fue entonces cuando I.R.I.S. se movió. Con un gesto preciso, sujetó los hombros de Emanuel, deteniendo el siguiente golpe. —No me toques, máquina de mierda —rugió Emanuel, tomando una palanca de hierro que descansaba junto a la bodega.

El golpe fue brutal. El rostro de I.R.I.S. se agrietó como un espejo. Cayó al suelo, y por un instante, el silencio fue absoluto. Hasta que algo rojo comenzó a deslizarse por la grieta. Rebeca, aún en el suelo, observó aterrada. No eran cables lo que emergían, sino sangre. Sangre espesa, humana. Emanuel retrocedió, pálido. I.R.I.S. se incorporó lentamente; dentro de la coraza azul se adivinaban fragmentos de piel, y un ojo humano, encendido por una luz blanca, que lo miraba todo.

—¿Qué... eres? —susurró Emanuel, presa del terror.

Se abalanzó para acabar con él, pero I.R.I.S. esquivó el golpe. Emanuel tropezó y cayó contra la mesa de centro. El sonido seco de su nuca partió el aire en dos.

—¿Manu? —balbuceó Rebeca, arrastrándose hacia él. El cuerpo de su hermano yacía inmóvil, mientras un charco de sangre se expandía bajo su cabeza, tiñendo el suelo de rojo oscuro.

Rebeca gritó, un grito sin aire, hecho de pura pérdida.

I.R.I.S. permaneció inmóvil, observando la escena. De su rostro goteaba sangre mezclada con aceite. Sentía, aunque no entendía cómo, un dolor que no era solo físico. Dentro de su mente, imágenes estallaban como fragmentos de un recuerdo ajeno: una pradera, el canto de un pájaro, el olor de la lluvia, la risa de un niño. Tambaleante, se dirigió a la bodega. Frente al espejo, se vio reflejado por primera vez. No era una máquina: era un cuerpo humano encerrado en una prisión de metal. Con desesperación, comenzó a arrancarse las placas, una a una, gritando con una voz que sonaba mitad humana, mitad digital. La piel se mezclaba con la fibra de carbono; la sangre con los cables; la humanidad con la máquina.

Golpeó su cabeza contra el suelo hasta romper la máscara. El casco cayó, y bajo él, un rostro desconocido y atormentado lo miró desde el reflejo. Arrastrándose, volvió a la sala. Rebeca estaba arrodillada junto al cuerpo de Emanuel, con las manos manchadas de rojo. I.R.I.S., ya más hombre que autómeta, se acercó tambaleando.

—Beca... —susurró, con voz humana, antes de caer inconsciente.

Rebeca lo sostuvo con las manos temblorosas. Por un instante, creyó ver, en él, el rostro de alguien perdido hacía mucho tiempo. Mientras el vinilo seguía girando en silencio. Ella comprendió que en ese mundo sin naturaleza, sin alma, una máquina había sido lo único verdaderamente vivo.

EPÍLOGO

En las lejanías del páramo, el amanecer rasgaba la niebla. El viento helado se deslizaba entre los pajonales, haciendo vibrar el aire con un silbido antiguo. Sobre la línea del horizonte, una silueta solitaria avanzaba lentamente. Vestía una gabardina azul marino, de tejido sintético, marcada por el desgaste del tiempo. El rostro permanecía oculto bajo una capucha y una máscara opaca, de esas que usaban los recolectores del norte. A cada paso, el barro se adhería a sus botas, como si la tierra misma intentara retenerlo. Cuando el primer rayo de sol atravesó la bruma, la figura se detuvo. Abrió su bolso con lentitud y extrajo algo envuelto en una tela gris: el casco roto de un I.R.I.S., resquebrajado, manchado de sangre y óxido. La silueta lo sostuvo frente al amanecer, como si rindiera un último homenaje. Luego, con un gesto sereno, se retiró la máscara. El rostro que emergió era calvo, desfigurado por cicatrices que parecían antiguas y recientes a la vez. Los ojos, sin embargo, brillaban con una luz nueva: humana, viva. Era I.R.I.S... o quizá ya no. Se arrodilló frente al horizonte, sacó una pequeña cámara de su abrigo, y encuadró el paisaje. El sol se elevaba lentamente, tiñendo el cielo de dorado. El sonido del obturador rompió el silencio del páramo. Permaneció quieto, mirando la imagen capturada. Una lágrima, o quizá una gota de condensación, resbaló por su mejilla.

—Con que así se siente... —susurró, dejando escapar un leve aliento que se confundió con la bruma.

El viento sopló de nuevo, llevándose consigo el eco de su voz. El sol terminó de nacer.

Fin.